

A photograph of a man in a blue t-shirt and shorts, kneeling on a dark rock in the foreground. He is silhouetted against the bright orange and yellow hues of a sunset over the ocean. The sky above is a clear, vibrant blue with scattered white clouds.

# La oración RADICAL

Derek J. Morris

*La oración*  
**RADICAL**

# *La oración* RADICAL

¿Responderás al llamamiento de Jesús?

Derek J. Morris

**ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA**  
Av. San Martín 4555, B1604CDG, Florida Oeste  
Buenos Aires, República Argentina

La oración radical

Derek J. Morris

Dirección: Daniel Bosch Queralt

Traducción: Cantábriga, SC

Diseño: Equipo de Editorial Safeliz

Diagramación: Cantábriga, SC

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición

Primera reimpresión

MMXI – 2M

Es propiedad.

Copyright by © 2009 Editorial Safeliz, S.L.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-626-8

Morris, Derek J.

La oración radical : ¿Responderás al llamamiento de Jesús? / Derek J. Morris / Dirigido por Daniel Bosch Queralt  
- 1<sup>a</sup> ed., 1<sup>a</sup> reimp. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2011.

61 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-567-626-8

1. Oraciones. I. Bosch Queralt, Daniel, dir. II. Título.

CDD 264.13

#### EDITORIAL SAFELIZ, S.L.

Pradillo, 6 / Polígono Industrial "La Mina"  
E-28770 Colmenar Viejo / Madrid / España  
Tel. (34) 91 8459 877  
Fax (34) 91 8459 865  
E-mail:  
Internet:

#### ASOCIACIÓN CASA EDITORA

#### SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555 / B1604CDG Florida Oeste  
Buenos Aires / Rep. Argentina  
Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 4)  
Fax (54) 0800-122-ACES (2237)  
E-mail:  
Internet:

Se terminó de imprimir el 26 de diciembre de 2011, en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

*Este libro se dedica a cuantos han respondido al llamamiento de Jesús.  
Como los grandes hombres y mujeres de Dios a lo largo de los siglos,  
han elevado con valentía la oración radical.*

# *Agradecimientos*

**D**eseo expresar mi reconocimiento a las numerosas personas que han dado su apoyo y ayuda para llevar a buen término este libro:

A Jack Blanco, James Cress, Robert Folkenberg, y Gordon Retzer, personas usadas por el Señor de la mies para animarme a poner por escrito estos pensamientos.

A Janis Lowry, Don Mansell, Eve Parker, y Nancy Vasquez, quienes me dieron valiosas sugerencias en la edición y a la hora de dar forma al manuscrito.

A mi amada esposa, Bodil, que me apoyó durante el proceso de redacción y oró por mí.

Cada una de estas personas, junto con otras a las que no nombro, me dio ánimos para que estuviese atento a la continua influencia del Espíritu de Dios.

Sobre todo, quiero dar las gracias y todo el honor al Señor de la mies, quien, por su gracia, me ha salvado, me capacita por medio de su Espíritu y sigue usándome en su mies. “Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén” (Judas 25).

# *Índice*

<b>AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>6</b>
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>8</b>
1. Ver el mundo desde una perspectiva radical.....	9
2. Reconocer un problema radical .....	15
3. Elevar la oración radical .....	21
4. Abordar desafíos radicales .....	29
5. Trabajar con una dependencia radical.....	37
6. Experimentar el gozo radical .....	45

# *Introducción*

**M**ucho más a menudo de lo que sería deseable, nos contentamos con elevar oraciones encلنques, del estilo de “Querido Dios, ayúdame para que hoy sea un buen día” o “Ayúdame a no enfadarme hoy”. Sin embargo, Jesús presenta un reto a cada uno de sus seguidores para que eleve una oración radical. Es una oración breve, pero, desde luego, no es encلنque. En realidad, es una oración llena de poder.

Si lo que quieras, lector, es mantener el *statu quo*, ni te molestes en empezar a elevar esta oración. Si lo que quieras es vivir una vida de tantas, déjalo estar. Pero si te apasiona aportar algo positivo al mundo, si anhelas ver a Jesús volviendo en gloria como Rey de reyes y Señor de señores, entonces te invito a aprender más cosas sobre esta oración radical.

Una vez que empieces a elevar con fe esta oración radical, tendrás abiertas las puertas para cosas grandes y maravillosas que van a suceder. Tu vida se verá auténticamente transformada, y no volverás a ser el mismo. ¿Estás listo? Si es así, sigue leyendo.

---

**NOTA DE LOS EDITORES:** La versión bíblica empleada en esta obra, mientras no se indique lo contrario, es la *Reina-Valera* de 1995 (RV95). Otras versiones empleadas han sido la *Nueva Biblia Española* (NBE), la versión *Dios Habla Hoy* (DHH), la *Nueva Versión Internacional* (NVI), la *Biblia de las Américas* (LBA), la traducción de la Sagrada Biblia de Serafín de Ausejo (SA) y la versión *Cantera-Iglesias* (CI).

# *Ver el mundo desde una perspectiva radical*

**¡M**e encantan las montañas! Todavía recuerdo la primera vez que subí en teleférico una ladera escarpada cubierta de nieve. La vista era tremadamente estimulante. Sin embargo, cuando por fin llegué a la cima de la montaña y salí de la cabina, mi perspectiva cambió completamente. Ahora, en vez de mirar fijamente una ladera nevada, tenía ante mí una asombrosa vista panorámica de toda una cordillera plagada de montes nevados. Aquel momento quedará para siempre en mi recuerdo. ¡Veía el mundo desde una perspectiva nueva!

## **La perspectiva radical**

Dios quiere que veas el mundo desde una perspectiva nueva. No solo desde una altura diferente. Anhela que veas el mundo como él lo ve: desde una perspectiva divina. ¡Una perspectiva radical! Una vez que captes la vislumbre de la perspectiva radical divina, estarás listo para aprender más cosas de la oración radical.

Pues bien, ¿qué es esta perspectiva radical? Se encuentra en Lucas 10:2. Jesús comparte con sus discípulos, y también con nosotros, que “la mies a la verdad es mucha”. ¿Qué quiere decir Jesús cuando afirma que la cosecha a la verdad es mucha, abundante y cuantiosa? Las Escrituras emplean la metáfora de la siega de dos maneras. En primer lugar, Jesús usa la imagen de la siega cuando se refiere al fin del mundo. En Mateo 13:39 nos dice: “La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles”. Apocalipsis 14:15 la emplea de manera similar: “¡Mete tu hoz y siega, porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura!” Estos dos pasajes ponen de manifiesto que la cosecha puede referirse a la reunión de los santos al fin de la historia y al juicio de los malvados.

Sin embargo, Jesús también usa la metáfora de la siega para referirse a los esfuerzos misioneros de nuestro tiempo, o sea, a la tarea de llevar a las personas a un conocimiento salvador del Señor Jesucristo y a su entrada en el reino de Dios. Este es el significado de la mies en Lucas 10:2. Consideremos el contexto. En Lucas 10: 1 el evangelista nos dice: “Después de estas cosas, el Señor designó también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir”. Se habla de una actividad que se estaba desarrollando, no de la siega definitiva en el momento del fin del mundo. En su labor actual de cosecha, Dios emplea a las personas, no a los ángeles. Jesús envía a sus discípulos de dos en dos a realizar la cosecha divina.

Por lo tanto, ¿qué quiere que entendamos cuando dice que la mies a la verdad es mucha? Sencillamente, esto: Que hay mucha gente –hombres y mujeres, niños y niñas– que está lista y aguardando a ser incorporada a su reino. Solo precisan oír la buena nueva y recibir la invitación. Según Jesús, hay en la actualidad una cosecha que recoger, y “a la verdad es mucha”.

¿Por qué hace Jesús hincapié en la magnitud de la cosecha? ¿Porque es mucha! El día de Pentecostés, cuando los apóstoles fueron testigos de la conversión de tres mil personas, estoy seguro de que se dijeron entre sí: “*La mies a la verdad es mucha!*” Cuando vemos que miles reciben a Cristo como Señor y Salvador, también nos parece fácil

decirnos lo mismo entre nosotros. Es obvio que las palabras de Jesús son verdad.

Sin embargo, hay momentos en que podría parecer que la cosecha no será gran cosa. Desde una perspectiva humana, puede parecer que la cosecha está perdida. Aun en esas ocasiones, Jesús nos insta a tener presente la inmensidad de la cosecha. Nos insta a contemplar la realidad desde una perspectiva radical. Cuando veamos como ve él, descubriremos que la mies es a la verdad mucha.

## Una siega abundante en Sicar

¿Has leído alguna vez el relato del encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Sicar (Juan 4:3-42)? A primera vista, no parece que pueda darse allí una gran siega de almas. Jesús se encuentra a una sola persona: solo una mujer descarriada. Cuando los discípulos llegan al lugar, evalúan de inmediato la situación y llegan a esta conclusión: “Aquí no se puede cosechar nada digno de mención”. Jesús discierne sus pensamientos y lee su rostro. Entonces los sorprende cuando declara: “Decís que faltan cuatro meses para la siega, ¿verdad? Pues yo os digo esto: ‘Levantad la vista y contemplad los campos; ya están dorados para la siega’” (Juan 4:35, NBE).

A pesar de lo inhóspito del paisaje, Jesús ve que la mies a la verdad es *muchas*. Aquella mujer, otrora descarriada, regresa a Sicar y da su testimonio sobre aquel encuentro con el Mesías que le cambió la vida. Muchos samaritanos creen en Jesús gracias al testimonio de la mujer. La siega es tan abundante que Jesús se queda dos días más, y muchos más se hacen creyentes gracias a sus palabras.

Algunos probablemente habrían pasado de largo por aquel poblado sin parar. O hasta podríamos haber tomado la decisión de evitar pasar por el poblado. Aquí no hay cosecha. Al menos, no hay cosecha que podamos ver desde una perspectiva humana. Pero Jesús nos lanza un reto para que volvamos a mirar, esta vez con los ojos abiertos. O quizás para que demos permiso al Señor de la mies para que nos abra los ojos y nos permita ver desde su perspectiva radical. Así captaremos más plenamente sus palabras: “*La mies a la verdad es mucha*”.

## Una siega abundante en Sybertsville

Las primeras reuniones públicas que dirigí tuvieron como marco la pequeña población de Sybertsville, sita en Pensilvania, la cual atravesaba una depresión económica. Era joven e inexperto, pero los fieles seguidores de Jesús que había en aquella comunidad me dieron mucho aliento. Alquilamos un viejo cuartel de bomberos y distribuimos algunas invitaciones.

Consciente de que necesitaba mensajes impactantes, me puse en contacto con un conocido evangelizador cristiano y le pregunté si podía usar sus sermones. Cuando aceptó, supe de inmediato que Dios estaba obrando. Pasé unas cuatrocientas horas transcribiendo aquellos mensajes y haciéndolos míos.

Cuando nos preparábamos para las reuniones, no teníamos ni idea de si alguien se dignaría presentarse la noche inaugural. Sin embargo, de algún modo, tuvimos el valor de creer las palabras de Jesús: *“La mies a la verdad es mucha”*. ¡Aquella primera noche no quedó ni un asiento vacío en el cuartel de bomberos! El Señor de la mies derramó su bendición, como hace siempre que ponemos en él nuestra confianza. A lo largo de las cinco semanas siguientes aprendí una lección importante. No importa lo que diga la gente. A menudo se oye decir: “Aquí no pueden salir bien las cosas”, “No vamos a tener éxito” o “No va a aparecer ni el gato”. Sin embargo, aprendí que cuando el Señor de la mies está metido en algo, cualquier cosa puede suceder en cualquier lugar. Es su cosecha, no la nuestra. El Señor de la mies sabe lo que tiene entre manos.

## Poca respuesta, gran cosecha

El día en que la turba lapidó a Esteban, este no observó que como resultado de su predicación fuese a haber una gran cosecha. La Biblia nos dice que la mayoría de los presentes estaban hechos una furia, mientras rechinaban los dientes, se tapaban los oídos, despotricaban y maldecían. No se puede decir que fuese una respuesta muy positiva por parte de aquella audiencia. Sin embargo, desde la diestra del trono de Dios, Jesús bajó su mirada a la escena y dijo: “La mies a la verdad es mucha”.

Un joven llamado Saulo de Tarso era el encargado de vigilar los mantos aquel día. El testimonio de Esteban cambió para siempre la vida de Saulo. No mucho tiempo después de escuchar el sermón de Esteban, Saulo de Tarso cayó sobre su rostro ante el Cristo resucitado camino de Damasco y exclamó: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hech. 9:6). El último sermón de Esteban, predicado tanto con su vida como con su muerte, alcanzaría, a través de Saulo, la vida de miles de futuros seguidores del Señor Jesucristo. Jesús tenía razón: realmente, la mies a la verdad es mucha, aun cuando puede que no nos lo parezca a primera vista.

Al comienzo de mi trabajo como pastor fui testigo de un milagro similar. Tuve el privilegio de participar en unas reuniones públicas que se celebraban en Allentown, Pensilvania. Los que participábamos en ellas percibíamos que el Espíritu de Dios estaba entre nosotros, pero aquellas reuniones no estaban siendo muy concurridas. Solo algunos tomaron su decisión de hacerse plenamente seguidores de Dios. Desde una perspectiva humana, podría haberse llegado a la conclusión de que la cosecha no fue gran cosa, que quizás Jesús se hubiese equivocado en esta ocasión. Sin embargo, había una pareja, constituida por Gary y Laurie, que acudía fielmente cada noche. Parecían sumamente interesados en las verdades de la Palabra de Dios. Con todo, al final de la serie de conferencias, se veía que, sencillamente, no estaban convencidos como para entregarse por entero a Jesucristo como Señor y Salvador. ¿Has conocido alguna vez a alguien así? Parecía que nuestra cosecha se había perdido por entero.

Lo único que podíamos hacer era orar. Después de todo, la responsabilidad la tenía el Señor de la mies. Una tarde de viernes, al salir Gary de su trabajo y ponerse al volante para dirigirse a su casa por la autopista, percibió de forma abrumadora la acción del Espíritu Santo, que le indicaba que Dios quería que entregase por entero su vida a Jesucristo y que reconociese públicamente esa decisión mediante el bautismo. A Gary no le cabía ninguna duda. Solo le preocupaba cómo iba a comunicarle la noticia a su esposa, Laurie. Sin embargo, al llegar a casa, descubrió que el Señor de la mies ya había estado allí antes que él.

Aquella misma tarde, mientras Gary se dirigía a casa, su esposa, Laurie, estaba sentada en un sillón. También ella tuvo la convicción abrumadora, obra del Espíritu Santo, de que Dios quería que hiciese el mismo compromiso con su vida. Imagínate la sorpresa y la alegría de ambos cuando se comunicaron su decisión. ¡E imagínate la sorpresa y la alegría que sentimos *nosotros* cuando nos lo comunicaron al día siguiente!

Es posible que pienses: “Está muy bien que dos personas se comprometieran por entero con Jesucristo, que se bautizaran y que llegaran a ser seguidores de Jesús plenamente entregados. ¡Pero difícilmente se puede decir que eso sea una gran cosecha!” Podría ser que tuvieras razón, si estás evaluando la situación desde una perspectiva humana. Pero el Señor de la mies sabía que el resto del relato estaba aún por escribir. Aquella pareja, Gary y Laurie, percibió el llamamiento que Dios le hacía para dedicarse por entero al pastorado. Aunque Laurie se enfrentaba a una enfermedad terminal, obedecieron con mucha valentía el llamamiento divino. Gary, que trabajaba en una fábrica que montaba catalizadores, dejó su ocupación anterior y estudió para formarse como pastor. Ahora, en vez de contribuir a convertir los gases de los escapes de los automóviles, contribuye a convertir personas. Y en vez de ganarse la vida sin más, el Señor de la mies lo usa para que aporte algo insustituible.

El Señor de la mies se dedica al negocio de hacer milagros. Gary sigue desempeñando un ministerio a tiempo completo. Miles de personas han oído la verdad sobre Jesús gracias a su testimonio. ¿Fue *muchas* la cosecha? ¡Desde luego! Las palabras de Jesús son verdaderas, amigo mío. Aunque puede que no siempre nos resulte evidente, la mies a la verdad es *muchas*.

El Señor de la mies desea que contemples el mundo desde su perspectiva radical. Anhela usarte para recoger su cosecha. Pero antes es preciso que seas consciente de un problema radical.

# *Reconocer un problema radical*

Jesús identifica un problema radical para el Señor de la mies: “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos” (Luc. 10:2). ¿Por qué hay tan pocos obreros? Quizá se contrataron en número insuficiente. Si así fuese, podríamos echar la culpa al Señor de la mies. Debería haber previsto las dimensiones de la tarea. Si sabía que la cosecha iba a ser abundante, debería haber contratado personal suficiente. Quizá sea culpa suya que haya tan pocos obreros. ¿Cómo lo ves?

## ***Muy pocos obreros que trabajen***

Hazte esta importante pregunta: “¿A cuántas personas ha llamado el Señor de la mies para que sean obreras en su cosecha?” Si tu respuesta ha sido “A cuantos escojan formar parte de su reino”, ¡has acertado! El mandamiento de Jesús de predicar el evangelio a todos los habitantes de la Tierra involucraba más que a los once discípulos que quedaban. Cuando dijo “Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mat. 28:19), dirigió esa instrucción a todos

nosotros, a todo el que acepte el llamamiento a formar parte del reino de los cielos.

Si Dios nos emplaza a todos para que tomemos parte en la cosecha del Señor, quizá debería modificarse nuestra pregunta inicial. En vez de preguntar “¿Por qué hay tan pocos obreros?”, deberíamos preguntarnos más bien “¿Por qué hay tan pocos obreros *que trabajan*?”. La mayoría de los supuestos obreros parece estar inactiva. “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros *que trabajan* son pocos”.

## Obreros distraídos

Quizá una explicación del escaso número de obreros que siegan la mies del Señor sea que algunos nos hemos distraído. ¿Nos da igual que la gente se salve o se pierda? ¿Hacemos oídos sordos de forma deliberada al llamamiento del Señor de la mies? ¿Hemos permitido que cosas menos importantes capten nuestra atención?

Jesús contó la historia de un hombre que tenía dos hijos. El padre les pidió que fueran a trabajar a su viñedo, que fueran recolectores en su vendimia. Uno se negó, pero más tarde lamentó su decisión precipitada y fue. El segundo hijo, inicialmente, aceptó ir, pero no fue (Mat. 21:28-30). ¿Te has preguntado alguna vez por qué el segundo hijo no trabajó en el viñedo de su padre? ¿Crees que mintió a su padre, intentando engañarlo de forma deliberada? Yo lo dudo. Probablemente se propusiera ir; después de todo, era lo que procedía hacer. Sin embargo, de alguna forma, alguna otra persona o alguna otra cosa captó su atención y, antes de que se diera cuenta, el día se había acabado. El relato nos deja preguntándonos qué podría haber hecho que este joven se convirtiese en un obrero que no trabajaba.

En otro relato, Jesús habló de unos invitados a un gran banquete. No se esperaba de ellos que hicieran ningún trabajo. Simplemente tenían que presentarse y disfrutar de la fiesta, pero también ellos se distrajeron. Al leer el relato descubrimos algunas de las excusas que pusieron:

“Un hombre hizo una gran cena y convidió a muchos. A la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: “Venid, que ya todo está preparado”.

“Pero todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: “He comprado una hacienda y necesito ir a verla. Te ruego que me excuses”.

“Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me excuses”.

“Y otro dijo: “Acabo de casarme y por tanto no puedo ir”” (Luc. 14:16-20).

¿Te has fijado en las distracciones? Posesiones materiales (una hacienda), actividades empresariales (probar una nueva yunta de bueyes), relaciones (la persona acababa de casarse)... Desde luego, no hay nada inherentemente malo en las posesiones materiales, en las actividades empresariales o en las relaciones. No obstante, cuando cualquiera de ellas se convierte en un estorbo para la invitación de Dios, tenemos un auténtico problema.

## Obreros desanimados

Una segunda explicación posible de que en la mies del Señor participen tan pocos obreros *que trabajen* es que algunos se hayan desanimado. Después de todo, la tarea es enorme. Dado que la mies a la verdad es mucha, es fácil sentirse abrumado.

Podemos sugerir varias razones por las cuales un obrero pudiera desanimarse. Una podría ser intentar recolectar toda la cosecha por sí mismo. He conocido obreros que se desviven hasta el extremo de la extenuación. Dan de sí más de lo que pueden, y nunca les parece suficiente.

Déjame que te diga que el Señor de la mies no espera de ti que te entregues tanto a tu trabajo que ello te lleve a una muerte prematura. Como los primeros discípulos de Jesús, es preciso que te tomes tiempo para apartarte y descansar un poco (Mar. 6:30, 31). Preguntarás: “Entonces, ¿cómo se va a recoger toda la mies?” Los apóstoles afrontaron un desafío similar en los primeros días de la iglesia cristiana. La inmensidad de la tarea los abrumaba. Y así, guiados por el Espíritu Santo, delegaron responsabilidades en otros. Dios no exige que lo hagas todo tú solo. Da pie para que otros trabajen a tu lado.

Puede ser que te desanimes también porque estés intentando recoger la cosecha con tu propia fuerza. Si intentas servir al Señor de la mies con tus propios recursos, no hay duda de que te vas a desanimar. Todos tenemos que vivir teniendo en cuenta las palabras del profeta Zacarías: “No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu –dice el SEÑOR Todopoderoso” (Zac. 4:6, NVI). Si no, no cabe duda de que nos convertiremos en obreros desanimados que no trabajan.

## La transformación de Simón Pedro

Es posible que, en esta coyuntura, estés pensando: “*Este es un problema radical de verdad!* Hay muy pocos obreros *que trabajan*. De entre los profesos seguidores de Jesús, hay demasiados que se han distraído o se encuentran desanimados”. Sin embargo, *¡hay esperanza!* El Señor de la mies puede tomar obreros que no trabajan, distraídos o desanimados y renovarlos por su gracia, capacitarlos mediante su Espíritu y enviarlos como segadores efectivos y centrados en el deber.

Consideremos la experiencia de Simón Pedro, uno de los primeros seguidores de Cristo. Había escuchado las palabras que Jesús dirigió a los doce, y luego a los setenta, cuando los envió a predicar: “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos” (Luc. 10:2). Simón Pedro había experimentado el poder del Señor de la mies mientras hacía su labor en el nombre de Jesús. Sanó a los enfermos, libró a los oprimidos y predicó la buena nueva con poder. Pero Simón Pedro se distrajo con sus propios fracasos y se desanimó por su propia debilidad. ¿Cuál fue la actitud de Jesús ante esto? En vez de darlo por un caso perdido, Jesús volvió a llamar a Simón Pedro, lo renovó por su gracia y lo capacitó mediante su Espíritu. Aquel discípulo distraído y desanimado experimentó una transformación personal. Devino una persona audaz, no por su propia fortaleza, sino por el Espíritu de Dios. Simón Pedro fue una persona intrépida y centrada en su deber. De nuevo empezó a trabajar con arrojo en la mies del Señor y reunió a miles de personas. Si Jesús puede tomar a una persona distraída y desanimada como Simón Pedro

y transformarla en un obrero efectivo y centrado en la mies del Señor, entonces puede hacer lo mismo con otros obreros distraídos y desanimados que no trabajan. Puede hacer lo mismo por mí, y también por ti.

## La transformación de Simón Madrigal

Hace unos años entró en mi despacho otro joven llamado Simón. Había pasado su adolescencia en la zona oriental de Los Ángeles. El Señor Jesucristo había rescatado a este joven de una vida de violencia y delincuencia y lo llamó para que fuera un obrero en la mies del Señor. Simón ya había visto que Dios obraba en su vida de maneras maravillosas, pero se había distraído y desanimado, no por el presente, sino por el pasado. Había noches en que se quedaba sentado en la cama mirándose los tatuajes que tenía como distintivos de haber sido pandillero. Se preguntaba: *“¿De verdad puede Dios usarme, después de todo lo que he hecho?”* Era un auténtico paradigma de obrero moderno distraído y desanimado.

Mientras estaba sentado allí en mi despacho, las lágrimas llenaron los ojos de Simón y empezaron a resbalar por sus mejillas como oraciones líquidas. Cuando escuché su sentido llanto, el Señor me dio palabras de esperanza para él. “No es preciso que nos quedemos donde estamos”, expliqué. “Ni estamos atados por lo que éramos antes”. Simón acogió la buena nueva de la Palabra de Dios. La gracia divina lo renovó, y el Espíritu de Dios lo capacitó. Pocas semanas más tarde, mientras Simón compartía con otras personas la buena nueva de Jesús, Dios influyó en él para que contase su experiencia. Hasta entonces se había sentido demasiado avergonzado como para contarla en público. ¡Pero ya no! Al final de su testimonio, Simón extendió una sencilla invitación, y quince personas recibieron a Jesucristo como su Señor y Salvador personal.

Unos días más tarde Simón recibió un llamamiento de parte de una organización misionera cristiana que le pedía que se incorporase a un equipo misionero en Sudamérica. Trabajó en la ciudad de Salvador de Bahía, en el Brasil nororiental, visitando personas en zonas de la ciudad rehuidas por los lugareños y en las cuales hasta

la policía se negaba a adentrarse. Dios incluso usó los antiguos tatuajes de pandillero de Simón para que se ganase cierto respeto entre los integrantes de las pandillas del lugar. Como consecuencia de aquellos encuentros, cinco mil personas decidieron convertirse en seguidores de Jesús plenamente dedicados.

Desde entonces Simón ha dedicado su vida a hablar de Jesús a la gente. Aunque todavía recuerda su pasado y aún lleva las cicatrices, ahora se goza en el hecho de que Dios puede tomar obreros distraídos, desanimados y que no trabajan, y convertirlos en obreros efectivos y centrados en su mís. La transformación ocurrió porque Simón se prestó a elevar una oración *radical*.

¿Cuál fue, entonces, su oración radical? Respondió al llamamiento que Jesús presenta en Lucas 10:2. Ahora que has captado una vislumbre de la perspectiva radical de Dios —que “*la mís a la verdad es mucha*”— y que eres consciente del problema radical de que hay muy pocos obreros *que trabajan*, ya estás listo para saber más sobre la oración radical que Jesús quiere que eleves.

# *Elevar la oración radical*

**H**emos visto la perspectiva radical: la mies a la verdad es mucha. Y también somos conscientes del problema radical: hay muy pocos obreros *que trabajen*. Entonces, ¿qué conclusiones extraemos de ello? Jesús nos presenta el reto de que elevemos una oración radical.

## **Oraciones audaces**

¿Has elevado alguna vez una oración que fuese audaz? No estoy pensando en el tipo de oración recitada que se hace a veces ante la mesa, “Bendice, Señor, a cuantos hoy comemos este pan; bendice a cuantos lo hicieron y a cuantos no lo tendrán”, o la trillada, a la hora de acostarse, “Ahora que a dormir me voy, ruego al Señor mi alma guardar”. Hablo más bien de una oración audaz.

Elías se tumbó tres veces sobre el cuerpo exánime del hijo de la viuda de Sarepta y oró: “¡SEÑOR mi Dios, devuélvele la vida a este muchacho!” (1 Rey. 17:21, NVI). Esa fue una oración audaz.

Mientras sostenía un almuerzo frugal en las manos, Jesús oró a su Padre celestial para que proveyese alimento para una gran muchedumbre (Mar. 6:41). Aquella fue también una oración atrevida. Los evangelistas no nos dan las palabras exactas de la oración de Jesús aquel día, pero sé que no decía simplemente: “Bendice, Señor, a cuantos hoy comemos este pan; bendice a cuantos lo hicieron y a cuantos no lo tendrán”. No, Jesús elevó una oración audaz.

## La oración radical

Ahora Jesús te presenta el reto de elevar una oración audaz. ¿Se me permite que diga “una oración *radical*”? Prestemos atención a las palabras de Jesús: “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; *por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*” (Luc. 10:2).

A primera vista, es posible que esto no parezca una oración radical, pero sigamos leyendo. Un estudio meticuloso de las palabras de Jesús pondrá de manifiesto que se trata verdaderamente de una petición asombrosa. Hay varios verbos griegos que se pueden traducir “orar” o “rogar”. ¿Nos pide Jesús que presentemos una solicitud? ¿Que expresemos un deseo? ¡No! Es más intenso que todo eso. El verbo griego utilizado aquí, *deomai*, significa “suplicar”, “pedir encarecidamente”, “implorar”. ¿Percibes la intensidad de ese vocablo? Es mucho más fuerte que “orar” a secas.

Consideremos algunos pasajes que emplean *deomai*. Encontramos este verbo dos veces en relación con la enseñanza de Jesús en cuanto a la forma de orar al Señor de la mies. También aparece en Lucas 5:12 en relación con el leproso que suplicaba curación; en Lucas 8:38, donde un hombre liberado de una legión de demonios suplica que se le permita acompañar a Jesús; y en Lucas 9:38, donde un padre anhela que su hijo se vea libre de un espíritu maligno. ¿Da la impresión alguno de esos casos de que simplemente estuviesen expresando un deseo o efectuando una petición? ¿Qué impresión te da a ti?

Quizá más útil aún para que captemos el significado de *deomai* es el uso del verbo en Lucas 22:31 y 32: “¡Simón, Simón! Mira que

Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti para que no pierdas la fe" (NBE). El discípulo se enfrentaba al peligro de perderse para siempre. ¿Cómo crees que oró Jesús por Pedro? La respuesta está en el texto. El verbo es *deomai*. Fue una oración intensa. Jesús *rogó encarecidamente* al Padre en favor de Simón Pedro. Así pide Jesús que elevemos la oración radical. Que oremos intensamente. Que supliquemos.

## El encarecido llamamiento de Jesús

Observemos que este verbo está en imperativo: "Por tanto, *rogad* al Señor de la mies [...]" . ¿Qué implica el uso del imperativo? Es una orden, o un llamamiento. Un imperativo espera una respuesta activa. Si un bombero entra en un edificio público y grita: "Desalojen este edificio inmediatamente", no se trata de una sugerencia amable. Es una orden. O si un profesor dice a sus estudiantes: "Entregadme vuestros deberes al final de la clase", no es una propuesta vacilante. Espera una respuesta activa.

De manera similar, cuando Jesús dice a los discípulos –y también a nosotros– "rogad", da por sentado que responderemos. Pero hay aún más cosas que podemos aprender de estas palabras de Jesús. La lengua griega puede expresar el imperativo de dos maneras. Un imperativo presente tiene la idea de seguir haciendo lo que ya se está haciendo. Si estás huyendo de un perro rabioso y grito: "¡Corre! ¡Corre!", usaría un imperativo presente. En otras palabras, ya estas corriendo; entonces, sencillamente, sigue corriendo. De forma similar, cuando Jesús dice en Mateo 7:7: "Pedid, y se os dará", usa un imperativo presente. Jesús está diciendo: "Ya pedís. Seguid haciéndolo. Seguid pidiendo".

Pero la lengua griega también tiene un imperativo *aoristo*, que puede transmitir la idea de ponerse a hacer algo que aún no se está haciendo. Si estoy de pie en una zanja apoyado en la pala y el encargado de la obra me dice: "¡Cava!", lo que quiere decir es "¡Ponte a cavar! No estás cavando, pero es preciso que te pongas a hacerlo". Eso sería un imperativo aoristo en griego. De forma similar, cuando Jesús dice a los reunidos ante la tumba de Lázaro:

“Desatadlo y dejadlo que ande” (Juan 11:44, NBE), usa un imperativo aoristo. “No le estáis quitando las vendas. Fijaos en él. Está completamente amortajado, y no puede librarse solo. Empezad a quitarle las vendas y dejad que se vaya”. ¿Ves la diferencia?

En el llamamiento que nos extiende para que elevemos una oración radical, Jesús nos pide que oremos fervientemente, que imploremos, que supliquemos. Al usar un imperativo aoristo nos está diciendo: “Empezad a orar con fervor. Aún no estáis orando como debiera. Es preciso, más bien, que empecéis a suplicar al Señor de la mies”.

Ahora podrías pensar: “*Un momento! No entiendo. ¿Por qué tengo yo que pedir al Señor de la mies que envíe obreros? ¿Por qué tengo yo que empezar a suplicarle como nunca he orado antes? ¿Es que el Señor de la mies no quiere hacerlo ya de por sí?*” Por supuesto. Entonces, ¿por qué es preciso que supliquemos? Permítaseme sugerir que tiene más que ver con el cambio de *nuestro* corazón que con el de Dios. Le estamos dando permiso para que haga algo radical.

## Arrojar obreros

Entonces, ¿qué tiene esta oración de radical? Si profundizamos, hallamos la respuesta en las palabras de Jesús. ¿Qué hemos de rogar fervientemente al Señor de la mies? ¿“Que envíe obreros a su mies”? No parece muy radical. Pero “enviar obreros” no es una traducción exacta del griego. En griego, el verbo habitual para decir “enviar” es *apostellō*, de donde deriva el sustantivo *apostolos*, “apóstol”. Cuando los Evangelios consignan que Jesús “envió” a los discípulos, usan el verbo *apostellō*. Pero el verbo que Jesús emplea en Lucas 10:2 es mucho más radical.

“Enviar obreros” ni siquiera es una traducción exacta. Es demasiado anodina. El verbo usado aquí es *ekballō*. *Ballō* significa “arrojar” o “echar”. Juan el evangelista emplea *ballō* cuando los discípulos echan las redes de su barca (Juan 21:6), cuando los enemigos de Jesús tomaron piedras para arrojárselas (Juan 8:59) y cuando Herodes hizo que se arrojase a Juan el Bautista en la cárcel (Juan 3:24). Así, *ballō*

significa “arrojar” o “echar”. Pero eso sigue sin captar el significado pleno de la oración radical de Jesús.

El verbo griego que usó en Lucas 10:2 es *ekballō*. El prefijo *ek* transmite la idea de “afuera”. Por ello, *ekballō* significa “echar fuera” o “expulsar”. En numerosas ocasiones los Evangelios usan *ekballō* para la expulsión de demonios. El verbo *ekballō* aparece también cuando Jesús expulsó del templo a los cambistas (Juan 2:15). Como podemos ver, no es un verbo que denote debilidad, y Jesús no te está pidiendo que eleves una oración endeble. Te pide que ruegues al Señor de la mies que “arroje” obreros, que “precipite” obreros, que “eche” obreros a su mies. ¡Eso sí que es una oración radical!

## Una petición personal

De ninguna manera es posible elevar esa oración radical a menos que se esté dispuesto a formar parte de la respuesta a la misma. Permítaseme expresar esta oración radical con palabras sencillas: “Señor de la mies, te imploro fervientemente que arrojes obreros a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*”.

¡El propio Jesús estaba dispuesto a que lo arrojaran! Mateo consigna que, inmediatamente después de su bautismo, fue dirigido por el Espíritu al desierto. Más tarde, Jesús salió de aquel desierto para iniciar su ministerio activo en cumplimiento de la predicción del profeta Isaías. Por otra parte, Marcos, el evangelista, señala que Jesús fue “arrojado” por el Espíritu. La mayoría de los traductores no vierten el término griego con exactitud. El verbo que aparece en Marcos 1:12 es *ekballō*. Jesús estuvo dispuesto a ser arrojado a la mies. Jesús estaba dispuesto a elevar la oración radical.

Quizá pienses: “*¿Qué va a ser de mí si doy permiso al Señor de la mies para que me arroje a su mies?*” Eso es asunto de él, no tuyo. Cuando el Señor de la mies te arroja, no te desecha; antes te coloca donde quiere que estés. Puede ser una tierra lejana, o puede ser precisamente donde vives ahora. Tu parte –mi parte– es estar dispuesto, estar listo a elevar la oración radical, a suplicar vehementemente: “Señor de la mies, te imploro fervientemente que arrojes obreros

a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*”. ¿Estás dispuesto a responder a su llamamiento?

## La respuesta de Nathan

Un joven de Allentown, Pensilvania, tuvo el valor de elevar esta oración radical. Nathan trabajaba en una fundición ubicada en Macungie, Pensilvania. Muy pocos meses antes de que yo lo conociera, Dios había preservado milagrosamente su vida. Sin querer, había puesto la mano en un cable de corriente en su lugar de trabajo y 440 voltios pasaron por su cuerpo. Se suponía que tendría que haber muerto aquella noche. Cuando los médicos lo examinaron, descubrieron que tenía el punto de entrada de la electricidad en la mano, pero no pudieron encontrar un punto de salida. ¿Lo entiendes? Yo no. Por alguna razón, Dios conservó a Nathan con vida aquella noche.

Unos meses más tarde, Nathan se arrodilló junto a mí bajo el cielo estrellado y elevó una oración radical. Con sus propias palabras, exclamó: “Señor de la mies, te imploro fervientemente que arrojes obreros a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*”. El joven oró con su fe sencilla, y Dios oyó su oración.

El resultado fue que el Señor puso en marcha una serie de acontecimientos que habían de cambiar para siempre su vida. Primero, Dios le pidió que se desprendiera de su más querida posesión: una moto BMW. Le encantaba aquel vehículo, pese a que Satanás había intentado utilizar aquella moto para que el joven acabara con su vida, instándolo a emprender una carrera suicida por carreteras secundarias a casi doscientos kilómetros por hora. Cuando Nathan se convenció íntimamente de que Dios quería que se deshiciera de su querida BMW, descubrió que tenía el coraje de hacerlo. Su oración radical estaba recibiendo respuesta.

Después Dios la contestó aún más por medio de la vida de otros seguidores de Jesús. El Espíritu de Dios impulsó a dos familias que había en la iglesia de la que formaba parte a hacerse cargo de los gastos resultantes de enviar a Nathan a formarse en la universidad. Esas familias hicieron frente a sacrificios económicos significativos

para unirse al Señor de la mies y lograr que un obrero fuese arrojado a la mies. Uno de aquellos patrocinadores duerme hoy en Jesús, pero antes de morir se hizo un tesoro en el cielo.

Cuatro años después de que Nathan elevara aquella oración radical, el ex empleado de una fundición acabó sus estudios universitarios con una licenciatura en teología como presidente de su clase de último año. Hoy Nathan sigue siendo un seguidor dedicado de Jesús. Trabaja como pastor de iglesia y está profundamente entregado a la labor misionera. De hecho, precisamente en uno de esos viajes de misión conoció a su esposa, una mujer muy hermosa. ¡Dios siempre nos da más de lo que merecemos! ¿Crees que Nathan lamenta haber elevado aquella oración radical? ¡No! Ahora, en vez de simplemente ganarse la vida, aporta algo insustituible al mundo.

## Tu respuesta

No insinúo que todo el que eleve esta oración radical se hará pastor. Más bien te animo, sencillamente, a que consideres qué podrá hacer el Señor de la mies en tu vida después de esa oración. Te desafío a que clames a Dios hoy y todos los días. Dile: “Haré cuanto quieras que haga. Adonde quieras que vaya, iré. Si quieres que me incorpore a un ministerio de dedicación completa, estoy dispuesto. Si deseas que sea obrero tuyo en mi trabajo, en mi negocio, en casa, me presto a ello. O si necesitas que me dé como sacrificio para contribuir a enviar otros obreros a tu mies, estoy dispuesto. Muéstrame simplemente qué quieres que haga, Señor. Te doy mi pleno consentimiento. Me rindo del todo a ti. Arroja obreros a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*”.

¿Querrás responder al llamamiento de Jesús? ¿Querrás elevar esta oración radical? Si de verdad la elevas con fe, descubrirás que tu vida se transforma. Sin embargo, debo hacerte una advertencia. También encontrarás desafíos radicales.

# *Abordar desafíos radicales*

**S**iempre que elevamos la oración radical, dando permiso al Señor de la mies para que nos envíe a su mies, experimentamos un gozo radical. Sin embargo, también nos encontramos importantes retos. Jesús dio esta advertencia: “Mirad que os mando como corderos entre lobos” (Luc. 10:3, NBE). ¡Suena peligroso! Pero Jesús es muy claro con nosotros. Cuando clamamos al Señor de la mies para formar parte de su cosecha, tenemos que estar preparados para afrontar casi cualquier cosa. Esos cambios radicales serán tanto internos como externos.

## **Retos internos**

Un cambio inmediato al que nos enfrentamos muchos es nuestra falta de madurez y de experiencia en la obra de Dios. No somos más que ovejas. No suele considerarse que el ganado lanar sea ni el más inteligente ni el más fuerte del reino animal. Pero muchos no somos siquiera ovejas plenamente desarrolladas; no somos más que débiles corderos inmaduros. Hemos oído la promesa de Jesús cuando dijo: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre”

(Juan 14:12). Aunque puede que, en teoría, creamos la promesa, no muchos la hemos puesto a prueba en la vida real. Cuando damos al Señor de la mies permiso para que nos arroje a su mies, es posible que nos demos cuenta de repente de una circunstancia dolorosa: no somos más que corderos. Para los corderos, unirse al Señor de la mies en su mies es un desafío radical.

Wilbur no era más que un cordero cuando dio permiso al Señor de la mies para que lo usara. Había sido cristiano toda su vida, pero era inmaduro e inexperto como obrero en la mies del Señor. En marzo de 2002 recibió una invitación para predicar una serie de sermones en Kenia, África. Su respuesta fue seca y no se anduvo por las ramas: “¡Pero bueno! ¡Si no sé predicar!” Ya puesto, podría haber dicho: “¡No soy más que un cordero! ¡Escoged una oveja madura como Billy Graham!” Sin duda, Dios elegiría a alguien más experimentado, más maduro espiritualmente que él. Pero Wilbur decidió pedir una señal a Dios. Después de todo, Gedeón había pedido una señal para saber si quien le ordenaba que dirigiese el ejército de Israel era Dios. Así que Wilbur se puso de rodillas para orar y dijo: “Dios, nunca antes he pedido una señal, pero tengo que saber que esto es lo que quieres que haga”. Inmediatamente, acudieron estas palabras a su mente: “¿Por qué pides una señal? ¡Yo os he pedido que vayáis a todo el mundo y os he dicho que estaré con vosotros!” ¡Qué clara fue esa respuesta! “Gracias, Señor” fue cuanto pudo decir aquel “cordero” de setenta y pico años.

Unas semanas más tarde, Wilbur envió un correo electrónico al coordinador local de Kenia y preguntó: “¿Cuántas personas cree que van a acudir a las reuniones?” La respuesta lo dejó anonadado. Esperaban que acudieran aproximadamente cinco mil personas entre semana y más de diez mil los fines de semana. Cuando Wilbur leyó esas cifras, se topó nuevamente con la dolorosa realidad de que no era más que un “cordero”. Dijo a su esposa: “No hay manera de que me ponga delante de tanta gente y predique esos sermones”. Wilbur quería servir a Dios. Estuvo dispuesto a elevar la oración radical, dando permiso al Señor de la mies para que lo arrojase a su mies. Pero luchaba con el reto radical interno de ser un cordero

inmaduro e inexperto. Muchos compartimos su sensación de insuficiencia.

## Retos externos

Más preocupantes quizá que los retos internos son los externos: “Mirad que os mando como corderos *entre lobos*”. No es solo que Dios te envíe como un cordero, sino que tú mismo te consideras un cordero puesto entre lobos. Tienes que enfrentarte a adversarios cuando el Señor de la mies te arroja a su mies. Muchos de ellos serán depredadores. Tales adversarios no son refinados en su trato ni tímidos. Son lobos de los que Jesús dijo que eran “feroces” (Mat. 7:15, NVI). El apóstol Pablo los llamó “cruellos” (Hech. 20:29, SA). Y nótese que no hay solo un lobo. Jesús dijo: “Os mando como corderos entre lobos”. Tales depredadores cazan en manadas. Buscan presas vulnerables y las persiguen para devorarlas.

El reto es aún más radical debido al hecho de que se está *entre* esos depredadores voraces y feroces. No está en la naturaleza de los corderos andar buscando líos. Los corderos no van por ahí viendo dónde hay lobos, ni se dedican a cazarlos. Es más bien que *los lobos* buscan a los corderos. Cuando das permiso al Señor de la mies para que te use en su mies, habrá ocasiones en que te encontrarás rodeado de estos lobos voraces que te asustarán con sus gruñidos.

## Sabiduría práctica

Para afrontar dificultades tan apabullantes, tanto internas como externas, hay que prestar atención al consejo de Jesús que aparece consignado en Mateo 10:16. Hablando de los doce, dice: “Os mando como ovejas entre lobos: por tanto, sed cautos como serpientes e ingenuos como palomas” (NBE). La palabra aquí traducida por “cautos” se refiere a la sabiduría, el discernimiento y la prudencia prácticos. Es la misma sabiduría que Jesús requiere al final de su Sermón del Monte (Mat. 7:24). En la traducción griega del libro de Proverbios se da a menudo la misma palabra griega. Tal sabiduría práctica nos ayuda a saber cuándo guardar silencio (Prov. 11:12),

cuándo apartarse (Prov. 14:16) y cómo atenuar las palabras airadas (Prov. 15:1).

Necesitamos sabiduría práctica cuando Dios nos envía como corderos entre los lobos. Sin embargo, ¿qué quiere decir Jesús cuando dice: “*Sed cautos como serpientes*”? El Oriente Próximo antiguo consideraba a la serpiente como símbolo de sabiduría y astucia. Las serpientes están alerta y son cautas. No buscan el contacto innecesario con un depredador, ni provocan ataques.

## Pureza y fidelidad

Cuando te encuentras en la mies del Señor como un cordero entre lobos, también es preciso que seas inofensivo como una paloma. La palabra griega traducida “*ingenuos*” significa, literalmente, “sin mezcla”. La misma palabra describe también el oro puro. Los obreros de la mies del Señor deben demostrar pureza moral e integridad.

El Oriente Próximo antiguo consideraba a la paloma como un símbolo de pureza y fidelidad. Dios te emplaza para que en tu trato con los demás, incluidos los lobos crueles y voraces, seas irreprochable en habla y conducta. El apóstol Pablo nos amonesta: “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien” (Rom. 12:21, NVI). En la mies del Señor, los obreros nunca deberían adoptar la ética ni imitar el comportamiento de sus adversarios. Como la paloma, somos un símbolo de paz, de esperanza y de la presencia del Espíritu Santo de Dios en un mundo lleno de lobos feroces.

## El ejemplo de Jesús

Jesús demostró sabiduría en el trato con sus adversarios. Muchos de los dirigentes religiosos buscaban continuamente formas de entrapar a Jesús y destruirlo. Por ello, Jesús fue un perfecto ejemplo de un “cordero entre lobos”. Al evitar la confrontación, manifestó una sabiduría que proviene del cielo. En muchas ocasiones se dio cuenta de que si hablaba la verdad abiertamente, sus enemigos se

abalanzarían sobre él, lo acusarían de blasfemia e intentarían aniquilarlo. Por lo tanto, enseñaba en paráboles, para que sus adversarios vieran, pero no percibieran, y oyieran, pero sin entender (Mat. 13:10-13).

Inmediatamente después de que Jesús limpiase el templo de mercaderes, los dirigentes religiosos le pusieron una trampa exigiendo una respuesta a esta pregunta: “¿Con qué autoridad haces estas cosas?” (Mat. 21:23). Si Jesús les hubiese respondido claramente, sin duda lo habrían apedreado por blasfemia. Era verdad que Jesús había limpiado el templo por su propia autoridad como Hijo de Dios, la Palabra hecha carne. Pero mostró sabiduría en su respuesta a los dirigentes religiosos que le hacían frente cuando dijo: “Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?” (vers. 24, 25). En otras palabras, “Si contestáis mi pregunta, yo contestaré la vuestra”. Les devolvió la pelota a su tejado. Ahora los dirigentes religiosos tenían ante sí su propio dilema. Si decían que el bautismo de Juan era del cielo, entonces se condenaban, porque se negaron a escucharlo. Por otra parte, si decían que el bautismo del evangelizador del desierto tenía un origen humano, entonces la multitud se les echaría encima, porque el pueblo, por lo general, consideraba que Juan había sido un profeta divinamente inspirado. Después de hablar entre ellos, los dirigentes religiosos respondieron: “No lo sabemos”. Jesús entonces les dijo: “Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas” (vers. 27).

Necesitas una sabiduría práctica similar cuando te enfrentes a los lobos que inevitablemente te rodeen. Pero acuérdate de que tal visión y tal compresión provienen únicamente de lo alto. Santiago nos recuerda que “si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídale a Dios y Él se la dará; pues Dios da a todos, *sin limitaciones y sin hacer reproches*” (Sant. 1:5, DHH). El Señor de la mies no reprende a sus corderos por su falta de madurez o por su inexperience. Antes bien, los anima para que busquen la sabiduría práctica que, sin duda, todos necesitaremos para abordar los desafíos radicales

que nos hemos de encontrar. Hasta se ofrece a darnos esa sabiduría práctica generosamente cuando se la pidamos.

## Corderos útiles

Quizá te preguntes cómo un cordero como Wilbur sobrevivió después de ser arrojado a un país remoto como Kenia. A pesar de los retos internos y externos, predicó fielmente noche tras noche, y, cuando presentó su primera invitación para que los asistentes aceptasen a Jesucristo como Señor y Salvador, se adelantaron más de cuatrocientas personas. Quedó completamente asombrado. Se calcula que el último fin de semana de las reuniones tuvo una concurrencia de más de veinticinco mil, y casi dos mil personas tomaron la decisión de convertirse en seguidores de Jesús plenamente entregados.

Wilbur aprendió por experiencia una lección que es preciso que todos adquiramos. Cuando damos permiso al Señor de la mies para que nos arroje a su mies, es posible que seamos como corderos entre lobos y que afrontemos obstáculos aparentemente insalvables tanto dentro como fuera de nosotros mismos, pero no estamos solos. Jesús está con nosotros. ¡Nunca nos dejará ni nos desamparárá!

Nuestro hijo Christopher aprendió esa lección en los primeros años de su adolescencia. Una tarde de sábado decidió ir al centro de la ciudad con unos amigos a entonar cánticos cristianos y a hablar de Jesús con la gente. Sin ninguna experiencia de cómo dar testimonio en la vía pública, no eran más que corderos. Pero su corazón estaba dispuesto, y Dios bendijo sus esfuerzos. A media tarde, Christopher tuvo necesidad de usar un servicio. Mientras se lavaba las manos, entró un adolescente mayor y empezó a atacarlo verbalmente. “¡Eres tonto! ¡Amar a Jesús me parece una estupidez!” Aunque Christopher se sintió intimidado, replicó: “¡Yo amo a Jesús!” De repente se abrió la puerta de uno de los cubículos y salió de él un hombre muy alto. Medía más de 1,80 m, y debía de pesar por lo menos 130 kilos. Poniéndose detrás del adolescente de más edad, dijo: “¡Yo amo a Jesús!” Asustado, el agresivo adolescente se largó, ¡como un lobo con el rabo entre las patas!

Nuestro hijo Christopher nunca había visto a aquel desconocido, y no lo ha vuelto a ver. Pero no me cabe duda de que Dios usó a aquel hombre para recordar a nuestro hijo que aunque seamos simples corderos entre lobos, no tenemos por qué tener miedo. ¡Jesús nunca nos abandonará ni desamparará!

¿Puede el Señor de la mies usar a los “corderos” para hacer su labor, aun en medio de lobos hostiles? ¡Desde luego! Pero es preciso que aprendamos a trabajar con una dependencia radical del Señor de la mies.

# *Trabajar con una dependencia radical*

**C**uando das permiso al Señor de la mies para que te involucre en su cosecha, como un cordero entre lobos, te pide que demuestres una actitud de dependencia radical. “No llevéis bolsa, ni monedero, ni sandalias” (Luc. 10:4, DHH).

## **Instrucciones radicales**

Sus instrucciones no tienen mucho sentido desde una perspectiva humana. Cuando se sale de viaje, es habitual llevar provisiones con uno. ¡Los viajeros avezados aconsejan llevar más dinero del que pensemos que vamos a necesitar! Pero Jesús da precisamente el consejo contrario: “No llevéis monedero”. En las instrucciones que da a los doce, Jesús es aún más específico: “No llevéis oro ni plata ni cobre” (Mat. 10:9, DHH).

¿Por qué dice Jesús a sus seguidores que no lleven un fardo con dinero? Sin duda, cuando se participa de la mies del Señor se necesitan recursos para cumplir la misión. ¿Un enfoque así no parece un tanto descuidado o irresponsable? Según parece, el Señor de la mies no quiere que dependamos de nuestra propia capacidad. Antes bien, busca que trabajes en total dependencia de él.

## Crisis en Suecia

En el verano que transcurrió entre los dos primeros cursos en la facultad y los dos últimos, aprendí una lección vital sobre la dependencia radical con respecto al Señor de la mies. Tras planificar meticulosamente mis proyectos de trabajo estival para alcanzar mis objetivos personales para el curso siguiente, había viajado a Suecia para plantar árboles. Pero el Señor de la mies invadió un mundo privado y me planteó el reto de que le permitiera que me arrojase a su mies.

Tras una notable serie de acontecimientos, me encontré colportando en el norte de Suecia. Eso era lo que menos había tenido en mente hacer aquel verano. Pero el Señor de la mies tenía otros planes. Memoricé una breve presentación comercial en sueco y empecé a llamar a las puertas. Me sorprendió que los primeros días la cosa fuera bien. Las familias que visitaba se apenaban de mí. Al final de mi primera semana de ventas, empecé a sentirme muy seguro de mí mismo, incluso rayando en la altanería. Mis problemas empezaron entonces.

El siguiente lunes trabajé durante diez horas y no vendí ni un solo libro. Me dije: “Esta gente tiene problemas”, echando la culpa a los habitantes de aquella localidad, cuando tendría que haberme mirado en un espejo. El martes trabajé el día entero sin éxito. Para la mañana del miércoles ya había perdido toda la confianza en mí mismo. Estaba tan desanimado que cuando llamaba a las puertas abrigaba la esperanza secreta de que no hubiese nadie en casa. ¡Era patético!

Del todo abatido, me senté por fin en el bordillo de una calle en una urbanización de alto postín del norte de Suecia y empecé a quejarme al Señor de la mies: “Señor, ¡no puedo hacerlo! ¡Ni siquiera lograría regalar estos libros!” En aquel momento me sentía un completo fracaso. Lo que no entendía era que, en realidad, estaba a punto de lograr un gran avance en mi relación con Dios.

“Señor”, proseguí, “sé que me has traído aquí por alguna razón. He sentido que tú me dirigías. Pero no puedo hacer este trabajo”. Entonces añadí vacilante: “Pero si quieres obrar por mi medio,

Señor, ¡estoy dispuesto!” Fue una oración sencilla, una confesión de dependencia radical del Señor de la mies.

## Dependencia radical

El Señor de la mies te invita a que dependas de él por entero y sin reservas. Si confías en tus propios recursos, podría ser que ni siquiera dieras permiso al Señor de la mies para que contase contigo. Podrías decirte: “Cuando tenga lo que preciso para una tarea tan enorme, te daré permiso para que me uses”. O podrías permitir que el Señor de la mies te incluyese, pero luego buscar una tarea pequeña cuya realización te parezca viable para tu escasa capacidad. Para recalcar la necesidad de la dependencia del Señor de la mies, Jesús te ordena que te dejes el monedero.

A parte de decirte que abandones el fardo del dinero, Jesús también te ordena que no lleves “alforja” (Luc. 10:4). ¿Qué es esta alforja que hay que dejar? La palabra griega traducida “alforja” (RV95, LBA, SA) o “bolsa” (NVI) aparece solo seis veces en el Nuevo Testamento. Todas las referencias, incluida la de Lucas 10:4, tienen que ver con la tarea de los obreros en la mies del Señor. ¿Es esta alforja el equivalente de una maleta dotada de ruedas en el siglo XXI? ¿Está Jesús diciendo, sencillamente, “No llevéis dinero ni arrastréis equipaje”? Creo que no. Este sustantivo griego tiene un significado más especializado: fardo de mendigo. Según los escritos del filósofo helenístico Crates de Tebas, los maestros itinerantes llevaban consigo tales fardos. Sin embargo, Jesús pide a sus seguidores que dejen el fardo de mendigo. No hemos de mendigar a las personas. La dependencia radical con respecto al Señor de la mies significa, en primer lugar, que no confiamos en nuestros propios recursos y, en segundo lugar, que no abusamos de quienes nos rodean pidiéndoles que aporten lo que necesitamos.

Ya antes del envío de los setenta, el Señor de la mies había demostrado su capacidad de provisión. Les preguntó: “Cuando os envié sin bolsa ni provisiones ni sandalias, ¿acaso os faltó algo?” (Luc. 22:35, DHH). Respondieron: “Nada”. Los discípulos no dependieron de sus propios recursos ni fueron una carga para quienes los rodeaban.

Antes bien, demostraron una dependencia radical con respecto al Señor de la mies, y, en consecuencia, nada les faltó. Dios también proveerá los recursos que necesites en su mies cuando trabajes con dependencia radical de él.

## El Señor de la mies proveerá

Entonces, ¿cómo satisfará el Señor de la mies tus necesidades? ¡Tiene mil maneras de cuidar de ti cuando trabajas con completa dependencia de él! Una forma en la que el Señor de la mies te mantendrá es mediante la generosidad de aquellos cuyo corazón esté dispuesto. Si una familia te ofrece hospitalidad, no porque la mendigaste, sino porque el Señor de la mies tocó su corazón, Jesús dice: “Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, pues el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa” (Luc. 10:7, NVI). Acepta lo que el Señor de la mies te proporciona. No vayas de casa en casa buscando un ofrecimiento mejor. Conténtate con los recursos provistos.

El patriarca Abraham dio permiso al Señor para que lo echase de su ciudad natal de Ur. El autor del libro de Hebreos nos dice que Abraham “salió sin saber adónde iba” (Heb. 11:8, LBA). El patriarca comprendió que este mundo no era su última morada. Aguardaba “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (vers. 10).

En su devenir vital, Abraham llegó a conocer a Dios, el Señor, como el nombre de *Yahveh yir'eh*, “el SEÑOR proveerá” (Gén. 22:14, CI, LBA). Esa puede ser también tu experiencia cuando trabajas en completa dependencia con respecto al Señor de la mies.

Él da salvación por medio de Jesucristo, Señor nuestro (Rom. 10:9, 13), y poder y dirección mediante la presencia y el ministerio del Espíritu Santo (Hech. 1:8; Juan 16:13). Y el Señor de la mies cubrirá todas tus demás necesidades “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19). Cuando trabajes con una dependencia radical de él, descubrirás por propia experiencia que él te sustenta de todas las formas imaginables.

## Viaja ligero de carga y mantente centrado

Jesús también recuerda a los obreros de la mies que no se sobrecarguen con un exceso de equipaje. La instrucción de no llevar sandalias (Luc. 10:4) no significa que los obreros deban ir descalzos. Jesús no dice: “No llevéis *puestas* las sandalias”, sino “No llevéis sandalias”. En otras palabras, “No os sobrecarguéis con un exceso de equipaje”. El verbo traducido “lleva” significa literalmente “lleva una carga”. Es el mismo verbo que las Escrituras usan para llevar una cruz. Llevar un par de sandalias de repuesto puede no parecer una gran carga, ni un estorbo. Sin embargo, aparte de un par de sandalias de repuesto, uno podría decidir llevar consigo más ropa y otro cayado. No llevéis sandalias (de repuesto). **Viajad ligeros. No os sobrecarguéis con un exceso de equipaje.**

Jesús también te ordena que, al emprender tu viaje, no te detengas “a saludar a nadie por el camino” (vers. 4, NVI). ¿Quiere que sus seguidores sean antisociales? ¡No! Es una hipérbole –una exageración– para captar la atención. Jesús está diciendo: “No os distraigáis. Centraos en la misión”. De forma similar, dijo a quienes querían ser sus discípulos: “Ni siquiera os volváis a decir adiós a la familia. No miréis atrás una vez que hayáis puesto las manos en el arado” (Luc. 9:62, paráfrasis). Que nada se interponga en vuestro camino y en vuestra misión.

## La misión

Entonces, ¿cuál es tu misión como obrero en la mies del Señor? “Sanad a los enfermos del lugar y decidles: ‘El reino de Dios ya está cerca de vosotros’” (Luc. 10:9, DHH). Anteriormente, Jesús había dado estas instrucciones a los doce: “Id y anunciad que el reino de los cielos está cerca. Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad de su enfermedad a los leprosos y expulsad a los demonios. Gratis habéis recibido este poder: dadlo gratis” (Mat. 10:7, 8, DHH).

¿Te has fijado en que el encargo dado a los implicados en la mies del Señor es también una descripción del ministerio del propio Cristo

mientras estuvo aquí en la tierra? En el informe enviado a Juan el Bautista, Jesús dijo: “Id y contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Mat. 11:4, 5, DHH). Tal ministerio únicamente fue posible porque, como Jesús testificó, “el Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor” (Luc. 4:18, 19).

Nos llama para que, como obreros en la mies del Señor, demos-tremos una dependencia radical a la hora de reproducir el ministerio de Jesús, de andar en sus pisadas, y de servir en su nombre. La siega se recogerá no con ejército ni con fuerza, sino por el Espíritu de Dios. Jesús dio este testimonio: “Pero cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, recibiréis poder y saldréis a dar testimonio de mí en Jerusalén, en toda la región de Judea, en Samaria y hasta en las partes más lejanas de la tierra” (Hech. 1:8, DHH). Solo podremos dar de gracia en la medida en que hayamos recibido de gracia. Damos a los demás con la conciencia permanente de nuestra dependencia radical del Señor de la mies.

## Provisión milagrosa

Sentado sobre el bordillo en aquella urbanización de alto postín del norte de Suecia, era tremadamente consciente de mis propias deficiencias. Había intentado apoyarme en mi propia sabiduría y en mi propia fuerza, y había fracasado miserablemente. Sin embargo, después de elevar una sencilla oración de capitulación, una oración radical que daba a Dios permiso para que me asignase a su mies, el Señor empezó a obrar de manera milagrosa. Me puse en pie y me encaminé a la casa siguiente. Cuando la mujer abrió la puerta principal, tuve la sensación interior de que el Espíritu Santo había estado allí antes que yo. Compró una colección de libros. Y la historia se repitió una y otra vez a lo largo de las cinco semanas siguientes.

Varios días después de que hubiera elevado la oración radical y me comprometiera a trabajar con dependencia radical con respecto al Señor de la mies, experimenté otro milagro. En una casa sentí dentro de mí que debía dar mi testimonio. Puede que esto no te parezca nada del otro mundo, pero permíteme recordarte que no hablaba sueco. Sin embargo, cuando respondí a la convicción que el Espíritu de Dios había puesto en mí, me ocurrió algo extraordinario. Sentí libertad de comunicarme en un idioma que no había estudiado y que no hablaba. Di mi testimonio, ¡en sueco! Quizá pienses: “¿Cómo sabes que hablabas sueco?” Porque era obvio que la mujer entendió lo que yo decía. Dios me dio el don de lenguas y la dotó con el don de la interpretación. ¡Es *Yahveh yir'eh*, Jehová *jireh*! Cuando salí de aquella casa, estaba convencido, sin la menor duda, de que el Señor de la mies era capaz de hacer más de lo que podría pedirle, más de lo que se me pudiera ocurrir, si tan solo estaba dispuesto a trabajar con dependencia radical con respecto a él.

Dios no dará a todos lo mismo. Pero cuando te comprometas a permitir que el Señor de la mies te ponga al servicio de su mies, y trabajes con dependencia radical de él, también tú serás testigo de sus extraordinarias provisiones cuando obre en tí y a través de tí. Y, créeme, cuando eso ocurra, ¡experimentarás gozo radical!

# *Experimentar el gozo radical*

¿T e puedes imaginar cómo se sentían los discípulos cuando volvieron de su primera gira misionera? Habían dado permiso al Señor de la mies para que contase con ellos en las labores de la cosecha. Aunque se sentían como corderos entre lobos, habían aprendido a depender de él de manera radical. Cada uno había experimentado que es Jehová *jireh*, “el SEÑOR proveerá”. Sanaron enfermos en el nombre de Jesús y libraron a los sometidos a servidumbre mientras proclamaban la buena nueva sobre Jesús. Lucas señala que “los setenta regresaron con gozo” (Luc. 10:17, LBA).

Siempre que trabajas en la mies del Señor, puedes estar seguro de que volverás con un testimonio gozoso. También tu propia vida se transformará en la medida en que permitas a Dios obrar en ti y por medio de ti. Los siguientes testimonios proceden de personas que dieron permiso al Señor de la mies para que los asignase a su mies. Sí, encontraron desafíos radicales, pero, por cuanto trabajaban con dependencia radical con respecto al Señor de la mies, también experimentaron gozo radical. Quizá te veas reflejado en uno de estos relatos.

## La historia de Mary Ann

Mary Ann Roberts se crio en un hogar cristiano, pero en su juventud no se había comprometido personalmente con Jesús como su Señor y Salvador. Después de su paso por la universidad, se casó. Su esposo entró en el ejército y los trasladaron a Europa. Allí Mary Ann abandonó todo contacto con la iglesia y se convirtió en lo que ella misma describe como una juerguista amiga de fiestas.

En 1983 tocó fondo. En el transcurso de una juerga que duró todo un fin de semana, se emborrachó hasta tal punto que, llena de vómitos, fue incapaz de acudir a una reunión familiar. Entonces Mary Ann decidió pedir a Dios que volviese a entrar en su vida. La imagen que acudió a su mente en aquellas horas bajas de su vida era la de un Padre amante que corría calle abajo a encontrarse con su hija pródiga. Mary Ann sabía que aquella hija era ella.

Consciente de que tenía que efectuar cambios radicales en su estilo de vida, escribió a un pastor cristiano y le habló de su compromiso a convertirse en seguidora de Jesús. La esposa de aquel pastor comprendió lo difícil que resultaría la transición, y dio su apoyo a Mary Ann llamándola por teléfono cada mañana a lo largo de un año entero para orar con ella.

Aunque Mary Ann empezó a acudir a una iglesia cristiana y Dios se convirtió en parte indispensable de su vida, ella tenía la sensación de que aún le faltaba algo, que Dios tenía preparado para ella algo especial que no había encontrado aún. Puesto que siempre se había arrepentido de no haber estudiado más, decidió volver a la universidad. Quizá llenaría el vacío que sentía en el corazón. Envío la solicitud y fue aceptada en el programa de posgrado en ciencias. Finalmente, se doctoró en neurología. Sin embargo, parecía que a la vida todavía le faltaba algo.

En el verano de 2001 asistió a un encuentro al aire libre en Carolina del Norte. En particular, le interesaba reencontrarse con viejos amigos; de modo que se sentó en los últimos bancos del auditorio. No obstante, durante una de las reuniones oyó de casualidad que un predicador cristiano invitaba a los interesados por un

proyecto misionero en Kenia a que se reunieran con él después del servicio religioso.

“Normalmente me gusta sopesar las cosas antes de actuar”, recuerda Mary Ann, “pero fue como si alguien estuviera ante mí señalándome directamente con el dedo”. Al acabar la reunión, fue andando hasta los primeros bancos del auditorio con la convicción profunda de que Dios la llamaba a participar en el proyecto misionero en Kenia. Tras hablar con ella, el predicador la invitó a dirigir una serie de reuniones en la primitiva comunidad de Rongo, Kenia. Mary Ann no tenía experiencia como conferenciante. No tenía formación homilética, ni experiencia de ningún tipo en trabajo misionero de avanzada. Ni siquiera se le había pasado jamás por la cabeza que Dios le pidiera que se convirtiera en predicadora. Pero aquel día estaba abierta a la obra del Espíritu Santo y, según sus propias palabras, empezó a elevar la oración radical: “Señor, te doy permiso para que me arrojes a tu mies”.

Al Señor de la mies le gusta oír esa oración. Y, más aún, le encanta responderla. Dios tomó a Mary Ann y la arrojó a su mies en Kenia. Sin embargo, nada más llegar a Rongo, ella empezó a toparse con desafíos radicales, internos y externos. Primero descubrió que las carreteras de la zona eran malas, casi intransitables. Ello dificultaría que la gente acudiese a las reuniones. Luego supo que dos voluntarios que se suponía que iban a formar parte de su equipo no iban a llegar. ¿Cómo te habrías sentido tú?

Mary Ann se encontraba completamente sola en la habitación de su hotel, a miles de kilómetros de casa, preparándose para hacer algo que no había hecho antes: predicar. ¡Estaba aterrada! La multitud de retos internos y externos era sobrecogedora. Entonces, ¿qué hizo? ¿Rendirse? ¡No! Ella sabía de *Yahveh yir'eh*, *Jehová jireh*, y clamó al Señor de la mies. “Dije al Señor lo asustada que estaba”, recuerda ella, “y luego leí Isaías 41:10. Cuando leí aquellas palabras del Señor, levanté mi mano derecha y sentí su presencia. ¡Fue increíble! No sentí temor alguno”.

Mary Ann preparaba un nuevo mensaje cada día, y cada noche lo compartía con dependencia radical con respecto al Señor de la mies.

Siempre que se ponía de pie y empezaba su conferencia, sentía que Dios hablaba por medio de ella a la multitud reunida en la plaza del poblado. Al final de aquellas conferencias celebradas en Rongo, más de quinientas personas confesaron en el bautismo su amor por Jesús. Como te puedes imaginar, Mary Ann estaba henchida de gozo, ¡de gozo radical!

Ese gozo radical no se ha disipado. Como resultado de permitir que el Señor de la cosecha la implicara en su gran obra, ahora el centro de su vida es completamente diferente. Y si llegas a conocerla, te darás cuenta de que quiere que toda persona con la que contacta tenga una relación personal con Jesús.

Más tarde, Mary Ann hizo otro viaje a África, esta vez a Ruanda, y pudo compartir la buena nueva sobre Jesús con una audiencia de entre cuatro y cinco mil personas cada noche. Aquellos encuentros fueron excepcionales porque casi todos los presentes habían perdido a miembros de su familia en el genocidio de la década de 1990. Recuerda que, a la conclusión de uno de sus mensajes, todo el auditorio pasó al frente en respuesta a su llamamiento. Parecía que todos los presentes querían conocer a Jesús. Toda la asamblea empezó a cantar: “Vamos a la Nueva Jerusalén”. Al contemplar aquella escena, Mary Ann se sintió llena de lo que el apóstol Pedro llama un “gozo inefable y glorioso” (1 Ped. 1:8). ¡Gozo auténtico! ¡Gozo radical!

Hoy sigue dando permiso a Dios para que la use en su mío y, a pesar de afrontar grandes retos, ¡tiene un testimonio de gozo!

## La historia de Wintley

Wintley Phipps es otro ejemplo increíble de alguien que dio permiso a Dios para que lo usara como obrero en su gran cosecha. Cuando tenía cinco años y vivía en Trinidad, Wintley se imaginaba que viajaba a lugares remotos. Tenía un triciclo rojo que tumbaba sobre un costado y, usando una de las ruedas traseras a modo de volante, se sentaba y soñaba durante horas que volaba y se desplazaba en automóvil a sitios en los que conocía a gente importante.

En los primeros años de su adolescencia, los sueños de Wintley se centraban en la música. Era la época de Woodstock y del *pop*

rock. Pensaba que si pudiera entrar a formar parte del grupo Sly and the Family Stone, vería sus sueños convertidos en realidad. Cuando contaba más o menos quince años de edad, logró conocer a Sly Stone y a Tom Jones. Supuso una profunda experiencia para él, pero también un terrible desengaño, comprobar que los artistas de esa talla del mundo de la música no eran felices. Lo tenían todo en el aspecto material, pero no tenían paz ni dicha.

Hubo un punto de inflexión en la vida de Wintley cuando contaba dieciséis años y era alumno interno en un colegio cristiano de Ontario, Canadá. Un día se dirigió al director académico y dijo:

—Lo siento. No trago todas estas normas y todas estas reglas. Me voy del colegio.

—¿De verdad quieres hacer eso? —preguntó el director.

-Pues sí —contestó Wintley.

Entonces el director académico lo miró y dijo:

— For the first time in my life I have seen a *quebec* s?

Aquellas palabras causaron un impacto en el joven mayor que si lo hubiese arrollado un tren de mercancías. Pensó en ellas mientras iba camino del internado. Una vez allí, se puso de rodillas y oró: "Señor, haré lo que quieras que haga. Si quieres que sea basurero, y que la única música que sepa consista en silbar himnos en la parte trasera de un camión de basura, lo acepto". Luego añadió: "Dios, sabes que me gustaría viajar, usar mis talentos para ti. Si eso es lo que quieres para mí, ábreme las puertas y permíteme que vea que me diriges". Wintley no se dio cuenta, pero, con sus propias palabras, estaba elevando la oración radical.

Al día siguiente se acercaron a él dos hombres que le preguntaron: “¿Eres tú Wintley Phipps? Somos de un grupo vocal llamado Heritage Family, y nos gustaría que nos acompañases en nuestros viajes dedicados a la evangelización por medio del canto”.

Dado que nunca antes había visto que una oración fuese contestada así, Wintley se quedó atónito. Se convenció de que Dios tenía un plan especial y de que iba a responder a su oración. Unos días después se sintió asaltado por una profunda impresión espiritual

mientras cruzaba el campus. Dios puso en Wintley este pensamiento: "Si tan solo te mantienes fiel, voy a permitir que tu vida discurra por un derrotero poco habitual. Te dará ocasión de comunicar la verdad a las personas encumbradas, y quiero que te prepares para articular las cuestiones de la libertad religiosa". Con aquel mandato espiritual personal, Wintley accedió a lo que sería el ministerio de su vida.

El Señor de la mies le ha dado la oportunidad de ser un testigo de Jesús alrededor del mundo. Wintley se acuerda de una llamada telefónica que recibió del padre de Stephen Oakes. Stephen había sido un policía británico muerto de una puñalada por un terrorista en Mánchester, Inglaterra. Su muerte sacudió a toda la nación. El padre de Oakes llamó a Wintley y le pidió que cantase en el funeral de su hijo. Había allí representantes de la familia real. En primera fila se sentaba el primer ministro Tony Blair. Wintley tuvo el privilegio de ayudar a todos los presentes.

Durante una visita a Viti Levu, la isla principal del archipiélago de Fiyi, Wintley estaba de pie en el vestíbulo de un hotel en Suva cuando dos hombres se acercaron a él. Preguntaron: "¿Es usted Wintley Phipps? Usted cantó el año pasado en el *National Prayer Breakfast*. Nosotros estábamos allí como representantes de nuestro país". Más tarde llamaron por teléfono a Wintley al hotel y dijeron: "Al primer ministro le gustaría que se pasase usted por su casa". Era el cumpleaños del padre del primer ministro, y pidieron que Wintley cantase para la ocasión. Después de que Wintley lo hiciera, el primer ministro anunció: "¡Queremos cantar *para ti*!" El primer ministro distribuyó himnarios a todos los miembros del gobierno y entonces ¡se pusieron a cantar para Wintley! Fue un momento glorioso que llenó de gozo el corazón de Wintley. Lo llenó de un gozo radical.

En otra ocasión cantaba en Baltimore, Maryland. Cuando bajó de la plataforma, una joven lo esperaba. Le dijo: "Señor, lo he oído cantar, y estoy realmente desanimada". Estaba a punto de ser despedida del trabajo. "Tengo la sensación de que puedo hablar con usted", continuó. "¿Tiene un momento?" Wintley contestó: "¡Desde luego!"

Aquella joven empezó a visitar el hogar de los Phipps, y solían orar juntos. Después de orar con ella un día, él le dijo: “Antes de que te vayas, quiero decirte que Dios ha puesto en mí el decirte que va a bendecirte. Va a darte la oportunidad de hablar ante millones de personas”. “¿Crees que Dios haría eso por mí?”, preguntó la joven.

La historia de la vida de esta mujer demuestra que la respuesta a su pregunta fue afirmativa. Se convirtió en una presentadora de fama internacional. A lo largo de los años, Dios ha dado a Wintley la oportunidad de contar con la amistad de una de las personas más influyentes de nuestra generación. Aquella joven era Oprah Winfrey.

El Señor ha dispuesto muchas oportunidades para que Wintley hiciera de consejero. Un caso tal se presentó durante el escándalo de Mónica Lewinsky. El Señor puso en el ánimo de Phipps la necesidad de enviar al presidente Clinton un mensaje. “Señor presidente, lea el Salmo 69”. Tiempo después, Wintley asistió a otra recepción en la Casa Blanca, y uno de los miembros del gabinete ministerial del presidente Clinton lo llamó aparte y dijo: “No sabes lo que pasó, ¿verdad? El presidente leyó aquel salmo. Llamó a algunos de sus más estrechos colaboradores del gabinete y compartió con nosotros el Salmo 69. Luego el presidente Clinton se fue a su cuarto y redactó la primera alocución que daría al pueblo norteamericano en admisión de que había pecado”. A Wintley se le pidió que estuviese en la audiencia en la Casa Blanca cuando el presidente Clinton presentó aquella alocución. Aquel día Phipps se acordó de la promesa que Dios muchos años antes le había hecho de que llevaría su vida por derroteros inusuales y de que hablaría la verdad a gente encumbrada.

Hace unos años, mientras estaba en un ascensor en el edificio del Congreso, un hombre, desde la parte trasera del ascensor, dijo: “Wintley Phipps, quiero que sepas que tu música ha sido una bendición para mi vida”. Era el senador Sam Brownback de Kansas. “Mañana en la Rotonda”, continuó, “vamos a entregarle a la Madre Teresa la medalla de oro del Congreso. ¿Querrías venir y poner el broche al programa de mañana cantando “Amazing Grace”?”. Probablemente fue la última vez que la Madre Teresa escuchó el

himno. Murió poco después. Wintley nunca olvidará el momento en que vio a la Madre Teresa que hacía señas a su ayudante para acercarse a abrazarlo y darle las gracias por cantar aquel himno. Llenó de gozo su corazón. De gozo radical.

Dios sigue bendiciendo la vida y la labor de Wintley abundantemente. El gozo radical ha inundado su vida mientras sigue permitiendo que Dios lo arroje a la labor de su mies.

## La historia de Rachel

A diferencia de Mary Ann, Rachel no esperó a ser mayor para dar permiso al Señor de la mies para que la usase como obrera en su mies. Desde el primer año que pasó en una universidad cristiana, Rachel adquirió el compromiso de servir como estudiante misionera. Cuatro años más tarde hizo realidad su sueño. Inmediatamente después de su graduación, Rachel viajó a Monteverde, Costa Rica, como maestra voluntaria de una escuelita cristiana.

Sin embargo, antes aún de que saliese para Costa Rica, empezó a encontrar grandes desafíos. La amiga que se suponía que iba a trabajar con ella en Monteverde tuvo una crisis familiar y no pudo ir. Rachel se preguntó si no debería quedarse en casa ella también, pero percibió que el Señor de la mies le hablaba al corazón: “Ve. Confía en mí y vete”. Obedeció, permitiéndole que la arrojara a su mies.

Cuando llegó a Costa Rica, encaró más dificultades. Para empezar, estuvo esperando más de hora y media en el aeropuerto, y no llegó nadie a recibirla. Entonces se dio cuenta de que ni siquiera sabía la dirección de su destino final, y no tenía números telefónicos de contacto de la escuela. Era ocasión o de ponerse histérica o de demostrar dependencia radical con respecto al Señor de la mies.

Por fin, Rachel se puso en contacto con un joven que la trasladó a la escuela misionera. Pero cuando llegó a la escuela, se encontró más desafíos. Carecía de director con el que hablar, y no tenía ningún programa previsto para el trabajo de voluntarios. Alguien la sentó y, con ayuda de un traductor, dijo: “¡No tenemos programa de aprendizaje del inglés de ningún tipo! ¡Así que queremos que crees uno ahora mismo!”

¡Rachel se sintió del todo abrumada! Dado que le habían dicho que ya estaba implementado un programa completo de inglés, no había llevado consigo ningún material. Tenía una semana para planificar todo un programa de lengua inglesa y no sabía ni por dónde empezar.

“Era más de lo que podía sobrellevar”, admite Rachel, “pero Dios me recordó que él me había traído aquí y que, pasase lo que pasase, yo estaba aquí para sus fines”. Entonces recordó algo que aprendió en una clase sobre la vida y las enseñanzas de Jesús: “Si el plan no es lo bastante grande como para asustarte, no es lo bastante grande para Dios”.

A pesar de muchos retos radicales, el Señor de la mies la mantuvo. Tras varios meses de lucha, Rachel se puso en contacto con una maravillosa maestra cristiana llamada Lindy, que vivía en una población cercana. Lindy era una sorprendente mujer de Dios que llevaba enseñando desde los catorce años de edad. Tomó cartas en el asunto y ayudó a Rachel a diseñar un programa de estudio muy creativo. Pronto empezó a saltar a la vista de Rachel que sus estudiantes estaban empezando a disfrutar de las lecciones que recibían.

Cuando volvió a los Estados Unidos con ocasión de unas vacaciones a la mitad del periodo de servicio que tenía comprometido, reunió diligentemente material didáctico adicional para llevarlo consigo. El programa de inglés en la misión iba viento en popa, pero ella estaba decidida a hacerlo aún mejor. Sin embargo, cuando volvió a Monteverde después de sus vacaciones, descubrió que otros miembros de la plantilla docente de la escuela habían quemado muchos de los libros que ella venía usando. No lo hicieron por malicia; simplemente dieron por sentado que ya no los necesitaba. Ahí Rachel llegó a la conclusión de que la escuela necesitaba un lugar designado especialmente para el programa de lengua inglesa.

El recinto escolar tenía un edificio sin terminar que un equipo misionero de adolescentes mayores había empezado a levantar. Rachel decidió que, aparte de sus responsabilidades docentes, iba a supervisar la terminación de aquel edificio para que el programa de lengua inglesa pudiese tener su propia sede. Escribió a su familia,

y esta, con el apoyo de su iglesia local, le garantizó que reunirían los dos mil dólares necesarios para terminar aquella aula como laboratorio de lengua inglesa.

Sin embargo, antes que llegaran los fondos de Estados Unidos, Rachel había ido adelante con completa dependencia del Señor. Encontró un constructor honrado en la zona que puso sus demás proyectos en un segundo plano y empezó a finalizar el edificio. Pero Rachel tuvo que pagar al contratista echando mano de su propia cuenta bancaria, con dinero que había ahorrado a lo largo del verano anterior y que se suponía que tenía que durar todo el año. Rachel se acuerda del día en que sacó el último centavo de su cuenta corriente. El dinero prometido aún no había llegado de los Estados Unidos. Aún hoy siente cómo se le encogió el corazón en un puño cuando se dio cuenta de que ya no le quedaba dinero. Carecía de recursos. Lo único que podía hacer era depender por completo del Señor de la mies.

Sin embargo, antes de marcharse de Costa Rica, Rachel pudo ver terminada el aula. No solo estaba bien construida, sino que era incluso bonita. Las estanterías para albergar el nuevo programa de estudios de lengua inglesa, junto con todos los libros y los materiales didácticos cubrían una pared completa. ¡El edificio tenía hasta una cerradura en la puerta para que no pudiera entrar nadie a quemar los libros!

Ya de regreso en su país, Rachel ha oído que siguen usando el edificio y que el programa de lengua inglesa sigue adelante. Al evocar su experiencia, dice: “¡No me creo que lo hiciera yo! No podría haberlo hecho. Vi cómo Dios me convertía en un instrumento en sus manos. No tenía nada que ofrecer, salvo mi voluntad. El Señor tomó situaciones que, sencillamente, me superaban y me recordó que tengo que mirar al exterior, apartar de mí la mirada y contemplarlo a él, en busca de respuestas y de fortaleza”. Rachel se regocija en el hecho de que el Señor de la mies proveyó de formas milagrosas durante su estancia en Costa Rica, y está henchida de gozo. De gozo radical.

Rachel aún permite que Dios la use en cualquier momento y en cualquier lugar. Expresó así su compromiso: "Hay gente que dice que hay que hacer los propios planes y pedir a Dios que te bendiga. ¡Yo no quiero vivir así! Quiero que Dios haga los planes". Recientemente, Rachel se ha involucrado en la dirección de un vibrante grupo de estudios bíblicos constituido por adultos jóvenes. Explica lo siguiente: "No fue idea mía. Alguien simplemente me pidió que echase una mano en la dirección del grupo, y dije que sí". Dios ha bendecido de forma sobrenatural ese ministerio a favor de los jóvenes adultos. Rachel nota constantemente que Dios dirige el grupo de adultos jóvenes maltrechos y transidos por la pena. A la vez, el Señor también atrae a otros adultos jóvenes que pueden ofrecer su amor y su apoyo. El grupo crece, pues la gente invita a sus amistades.

Obviamente, Rachel está emocionada por lo que Dios hace en el grupo de estudios bíblicos. "Dedicamos tiempo al estudio de la Palabra de Dios, dedicamos tiempo para la oración y dedicamos tiempo para relacionarnos entre nosotros. Nos preocupamos de veras los unos por los otros. Dios nos bendice, ¡y me alegro de formar parte de esto!" Eso es gozo, ¡gozo radical!

Cuando me reuní con Rachel para escuchar su historia, la oí elevar una preciosa oración. Una vez más, dio permiso al Señor de la mies para que la involucrara en su cosecha. Ello me recordó que elevar la oración radical no es un acontecimiento que pase una sola vez en la vida: es un compromiso diario. Mientras sigue trabajando en la mies del Señor, Rachel sigue experimentando gozo radical.

## La historia de Githaka

Conocí a Githaka Ngotho en la primavera de 2002. El Señor nos había arrojado a ambos a su mies, y acabamos en el mismo pueblecito: Kerugoya, Kenia. Me resultó obvio de inmediato que Githaka era un seguidor devoto de Jesús, pero hace poco he sabido más cosas de la manera maravillosa en que Dios ha actuado en su vida.

El padre de Githaka sufrió mucho como guerrillero durante la era colonial de Kenia, y su actitud negativa hacia el cristianismo influyó tremadamente en el hijo. Cuando aún estaba en los últimos cursos de la educación secundaria, Githaka asistió a una semana de avivamiento con algunos de sus compañeros. Al final de uno de los servicios religiosos, el predicador invitó a la gente para que acudiese al frente del auditorio. Mientras la gente caía al suelo emitiendo sonidos extraños, Githaka se quedó allí de pie, como si tal cosa. Entonces el predicador se le acercó, le sacudió la cabeza de forma molesta, y dijo: “¡Limítate a imitar a los demás!” En ese instante, Githaka salió de la reunión y nunca volvió.

Tras terminar los estudios secundarios, volvió a su hogar y descubrió que un evangelizador cristiano celebraba reuniones en su poblado. Pese a la falta de apoyo de sus padres, Githaka decidió asistir. Al final de aquella serie de reuniones, confesó en el bautismo su amor por Jesús. Después de su bautismo, Githaka se involucró activamente en una iglesia local. Visitaba a la gente que estaba interesada en estudiar la Biblia, y fue director de jóvenes. De vez en cuando, le daban ocasión de predicar un sermón. Githaka experimentaba el gozo cuando ayudaba a las personas a conocer a Jesús.

En la primavera de 2002 se produjo un punto de inflexión en su vida. Lo conocí precisamente entonces. Se había programado que yo dirigiera una serie de reuniones en un pueblo no muy alejado del de Githaka. Cuando el traductor previsto no apareció, Githaka se ofreció a echar una mano. Dio al Señor de la mies permiso para que lo hiciera obrero en su mies.

Juntos trabajamos como un equipo experimentado. ¡A veces me dio la impresión de que Githaka predicaba un sermón más enérgico que el mío! Sin embargo, yo era totalmente inconsciente de varios de los cambios radicales con los que él luchaba durante aquellas reuniones. No disponía de alojamiento y, durante días, tampoco tuvo gran cosa que llevarse a la boca. No obstante, Githaka trabajó con un espíritu gozoso, sin quejarse ni un momento. No estoy seguro de que jamás elevase la oración radical con palabras. Pero estaba claro que la elevó con su vida a lo largo de aquellas tres semanas. “Señor de la mies,

---

te imploro fervientemente que arrojes obreros a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*".

En el transcurso de aquellas reuniones, cuando predicábamos juntos noche tras noche, tuvo una convicción profunda, puesta en él por el Espíritu Santo: "¡Este es el trabajo que debes hacer!" Githaka estaba interesado en la posibilidad de asistir a la universidad con el fin de prepararse para el pastorado a tiempo completo, pero ello suscitó otro reto enorme al que enfrentarse. Según sus propias palabras, era un "inválido económico". No obstante, dado que había dado permiso para que Dios lo emplease en la mies divina, Githaka estaba a punto de descubrir que el Señor de esa mies es *Yahveh yir'eh*, *Jehová jireh*. A la conclusión de aquellas reuniones, una familia cristiana se ofreció a apadrinarlo y correr con sus gastos para prepararlo para el ministerio evangélico.

Hoy Githaka es pastor a dedicación plena. Tiene un testimonio de gozo, a pesar de que todavía afronta grandes desafíos. Dado que la iglesia tiene recursos muy limitados en la parte de Kenia en la que trabaja de pastor, Githaka no recibe remuneración propiamente dicha. Trabaja con dependencia radical con respecto al Señor de la mies.

Recientemente, Githaka contó otra experiencia en la que tuvo que depender por entero de Dios. En una ocasión visitó un hogar, y la esposa y los niños le dieron la bienvenida. Sin embargo, tan pronto como se sentó, apareció un hombre con un machete en la mano. Githaka supuso que era el marido de la mujer. Tres veces el hombre lo señaló con el machete y luego apuntó hacia la puerta, pero Githaka permaneció inmóvil. "No soy un hombre valiente por naturaleza", confesó Githaka, "¡pero Jesús me dio valor!" Por fin, el marido señaló una silla y le dijo que disponía de quince minutos para compartir con la familia. Aquellos quince minutos se convirtieron en un estudio bíblico de una hora, seguido por un estudio de una hora de duración tres veces por semana. Un mes más tarde, muy poco antes de que Githaka se fuese de la zona, toda la familia había aceptado a Jesús como su Señor y Salvador personal.

Githaka sigue dándole permiso al Señor de la mies para que lo use. Al hacerlo, experimenta gozo radical. Recientemente, Githaka

se ha casado con una cristiana maravillosa llamada Happiness (Felicidad). ¡Qué compañera tan apropiada para un obrero valiente que ha elevado la oración radical!

## La historia de Bodil

El gozo radical se manifiesta en el rostro de Bodil Morris cuando habla de lo que Dios ha hecho en su vida y en su ministerio. Elevó la oración radical, dando permiso al Señor de la mies para que la usara en su obra. Como madre joven de dos niños pequeños, se fijó en la manera en que las mentes jóvenes se empapan y retienen las palabras y las melodías. Observó que aún recordaba las canciones que le cantaban cuando era pequeña, a pesar de que creía que no tenía una memoria especialmente buena. A raíz de ello, se comprometió consigo misma a empezar a componer cánticos bíblicos para poder “esconder” la Palabra de Dios en su propio corazón y en el de sus dos hijitos, Christopher y Jonathan.

Para ser obediente a aquella convicción, Bodil tuvo que superar desafíos radicales. Pensaba que estaba mal preparada y que era deficiente para la realización de la tarea. Aunque de niña había recibido clases de música, se sentía frustrada por su incapacidad para leer las notas a primera vista con rapidez. Da este testimonio: “Dios ha usado mi debilidad”. No permitió que afrontase sola esos retos. Poco después de que empezara a componer cánticos bíblicos, Bodil conoció a una joven cantante cristiana de mucho talento llamada Ashley Hold. Juntas, empezaron a cantar la Palabra de Dios, y nació el ministerio denominado Trilogy Scripture Songs. En los últimos veinte años, Bodil ha compuesto más de cien cantos bíblicos, y Trilogy Scripture Songs ha producido seis discos compactos con ellos. En la actualidad hay más de doscientas emisoras cristianas de radio en toda Norteamérica que emiten sus canciones. El sitio *web* de su ministerio, [www.trilogyscripturesongs.com](http://www.trilogyscripturesongs.com), también le ha permitido proporcionar cantos bíblicos a incontables familias del mundo entero.

Siempre que Bodil oye testimonios de personas cuyas vidas han sido transformadas por la Palabra de Dios, su corazón se llena de gozo. ¡De gozo radical! Una maestra de primaria en una escuela cristiana de

California comentó la experiencia de uno de sus alumnos de segundo curso. Ella había pedido a todos sus alumnos que memorizaran un pasaje de las Escrituras. Sin embargo, un niño estaba muy disgustado con la tarea. No le gustaba memorizar nada. Pero esta tarea sería diferente. La maestra dio a cada uno de los estudiantes uno de los discos compactos con los cantos bíblicos de Bodil. Contenía dieciocho cantos bíblicos tomados de los dichos de Jesús. La maestra animó a sus alumnos a que los escuchasen y llenaran su corazón con la Palabra de Dios. No mucho después, volvió el alumno de segundo y recitó los trece versículos del pasaje de Mateo 25:1 al 13. Era el pasaje bíblico más largo de todo el CD. Lo que habría parecido una tarea de memorización imposible se convirtió en una posibilidad cuando este alumno de segundo aprendió el canto bíblico de la parábola de las diez vírgenes. La maestra de la escuela cristiana envió su testimonio por correo electrónico al sitio *web* de Trilogy, señalando que el chico no solo había completado su tarea de memorización, sino que le iba mejor en todas las demás asignaturas y que había experimentado una transformación personal. Tales testimonios pueden llenar el corazón de cualquiera de gozo. ¡De gozo radical!

Los cantos bíblicos también están causando sensación en todos los ámbitos de las comunidades cristianas. Un dirigente del departamento de música de una iglesia cristiana de Georgia expresó: “Hemos repartido ejemplares de sus discos compactos de cantos bíblicos a cada familia de nuestra iglesia y llevamos un tiempo usando los cantos todas las semanas en nuestro servicio de culto. Las melodías son atractivas para todos los grupos, no importa cuál sea su edad, y nos encanta que la letra esté tomada directamente de las Escrituras. Dado que deseamos esconder la Palabra en nuestro corazón, han sido una gran bendición”.

Bodil admite que no habría podido llevar a término por sí misma un ministerio tan poderoso. Habla de Trilogy Scripture Songs como “un ejemplo viviente del cuerpo de Cristo actuando conjuntamente para la gloria del Señor”. Y, al seguir permitiendo que el Señor de la mies la haga su obrera, sigue experimentando gozo radical.

## El resto de la historia

Los testimonios de estas cinco personas confirman que, siempre que aceptamos el llamamiento del Señor de la mies, tenemos un testimonio gozoso cuando se vuelve de su servicio. Igual que los primeros discípulos de Jesús, se experimenta el gozo, ¡el gozo radical!

Jesús concluye su enseñanza sobre el gozo radical recordándonos que nuestro mayor gozo se hallará en una relación personal con él como Señor y Salvador nuestro. “Pero no os alegréis de que los espíritus os obedezcan, sino que vuestros nombres ya estén escritos en el cielo” (Luc. 10:20, DHH). ¿Está mal gozarse cuando vemos que el Señor de la mies obra por medio de nosotros de forma maravillosa? ¡Por supuesto que no! Jesús vuelve a usar aquí la hipérbole –una exageración– para explicar lo que quiere decir. Podemos experimentar gozo radical cuando vemos que el Señor de la mies logra grandes cosas por medio de nosotros, pero nuestro mayor gozo proviene de conocer a Jesús, pues ¡conocerlo a él es la vida eterna!

Cuando sirves al Señor de la mies, también tú llevas gozo radical al corazón del mismísimo Jesús. Inmediatamente después de la enseñanza de Jesús sobre la oración radical, Lucas consigna: “En aquella misma hora Jesús se regocijó” (vers. 21). La palabra traducida “regocijó” en la versión Reina-Valera es un verbo de marcado significado en griego. Literalmente, significa “saltar mucho”. ¡Jesús daba saltos de alegría! Cuando respondes al llamamiento de Jesús, dando permiso a Dios para que coseche por medio de ti, también él experimenta gozo radical. ¡Qué hermoso pensamiento! Quiero llevar mucho gozo al corazón de Jesús. ¿Y tú?

## Tu historia

¿Por qué no respondes ahora mismo a la invitación de Jesús? Eleva la oración radical, hoy y todos los días, hasta que nuestro Señor regrese en gloria:

“Señor de la mies, te imploro fervientemente que arrojes obreros a tu mies, y tienes mi permiso para que empieces *conmigo*”.

¡Después, comparte *tu* testimonio del gozo radical!\*

---

\* Puedes compartir con los demás tu testimonio en [www.radicaljoy.com](http://www.radicaljoy.com). En el mismo sitio web puedes leer testimonios gozosos de quienes ya han respondido a Jesús con valentía.

# *La oración* RADICAL

¿Estás listo para elevar una oración radical?

¿Una oración que revolucione tu vida y te deje asombrado de los resultados? ¿Una oración que Dios responda con un rotundo “sí”?

Describe, en estas páginas, la oración *increíblemente* poderosa que predispone a Dios a cambiar el mundo –por medio de ti.

La oración puede cambiar las cosas. La oración radical puede cambiar las cosas radicalmente. Bien pudiera ser que la lectura de *La oración radical* cambie tu vida y produzca alegría radical, si elevas la oración radical que Jesús ordena. Y, lo que Dios haga en tu vida también cambiará radicalmente la vida de los demás. Recomiendo este libro con entusiasmo a todo seguidor de Jesucristo plenamente consagrado.

Alvin Vander Griend



DEREK J. MORRIS, MASTRÍ EN TEÓLOGIA, ES EDITOR DE LA REVISTA *ALABORE*, SU JAVÍER GUÍA PARA ENCONTRAR A DIOU OTRO PERSONAJE EXPERIMENTAR EN ENCUENTRO CON JESÚS QUE CAMBIÓ SU VIDA. ÉL Y SU MUY AMADA, TENER UNA RICA, DIFERENTE ALBERCA Y COMPARTIR UNA VIDA INTEGRAL PRACTICANDO CÁNTICO, MUSICALES DE PIANO Y CANTATA.



ISBN 978-987-567-626-8



9 789875 676268